

LENORA BELL

DESEAR A UN DUQUE

Traducción de Pura Lisart e Isabella Monello



Capítulo 1



LONDRES, PRIMAVERA DE 1819

Thea había cometido un error de proporciones excepcionales.

Un error de la talla de un duque alto y de hombros anchos.

Desde la resguardada distancia del papel y la pluma, su coraje había sido indomable.

Había planeado acercarse al duque de Osborne en el primer baile de la temporada, dispersar al séquito de mujeres que revoloteara a su alrededor con una mirada desafiante, y mencionar algo brillante, persuasivo y formal.

Algo parecido a «su excelencia, que esconda los cuadros perdidos de Artemisia en su desván es equiparable a que el general Hutchinson renunciara a la piedra de Rosetta ante el ejército de Napoleón en Egipto».

Bueno, quizá aquello resultara un poquito dramático, pero reflejaría lo que quería decir.

Si tumbaba aquella primera pieza de dominó de marfil, el resto de la información sin duda vendría después. Y antes de que se diera cuenta, estaría de vuelta en Irlanda, por fin libre para ser imperfecta.

Pero aquella primera pieza...

Por supuesto que había observado a Osborne durante sus dos primeras temporadas, cuando él todavía era el marqués de Dalton.

Sin embargo, aquella noche era diferente.

Aquella noche ella necesitaba algo de él.

Y él era enorme. Muy imponente y masculino.

Cualquier señorita podría sentir toda aquella masculinidad desde la otra punta de la gigantesca sala de baile.

Él no caminaba, avanzaba a zancadas. No montaba, galopaba.

Y cuando quería algo, lo tomaba.

No sería sencillo derrocarlo.

Incluso su pañuelo desprendía un aire desafiante de despreocupación que hacía que el resto de los caballeros parecieran estar siendo estrangulados por el lino almidonado mientras él vagaba en libertad.

Sobre ellos, las velas siseaban.

El aroma a almendras dulces del ponche de ratafía desencadenó una marejada de aquel pánico tan familiar en su vientre, y el peso de las perlas que su doncella había cosido por sus rizos recogidos se le clavaba con la promesa de una jaqueca.

—Lady Dorothea, si eres tan amable...

Lady Desmond cerró el abanico de golpe ante el rostro de Thea. Esta parpadeó.

—¿Sí, madre?

—Esta abstracción constante no va a funcionar. Al menos deberías intentar parecer lo suficientemente cambiada. ¿Debo recordarte que es tu última oportunidad de causar una buena impresión?

No tenía ni la más mínima posibilidad. La mente colectiva de la alta sociedad la había etiquetado como la Catastrófica Dorothea. Lo cual resultaba bastante conve-

niente si una deseaba permanecer como la repudiada del baile mientras viraba para adentrarse en territorio de solteronas.

—¿Me estás prestando atención? —inquirió lady Desmond mientras entrecerraba los ojos azul pálido.

—Sí, madre.

—Dentro de poco voy a dejarte sola para que los caballeros no se vean... disuadidos de pedirte un baile.

Más bien, que no se alejaran aterrorizados.

Thea tenía mala reputación, pero la de su madre era atroz, ya que la mitad de la sociedad sospechaba del engaño que había urdido en un intento nefasto de asegurarse a un duque como yerno. Aunque nadie había podido demostrarlo.

—No olvides tratar de sonreír cuando se acerque un caballero —la instó lady Desmond—. Parece que estés en un funeral.

En cierto modo lo estaba. El último velatorio para los sueños de su madre... y las perspectivas matrimoniales de Thea.

Para azuzar la marcha de su madre, Thea dibujó una sonrisa resplandeciente en su rostro. Si sonreía un poco más, se le partiría la cabeza en dos.

—Y ni se te ocurra emitir ni una risilla esta noche, ¿me has oído? Ni un resoplido.

—Sí, madre. —Hervía de frustración, pero se abstuvo de réplicas cortantes. Necesitaba que su madre se marchara para encontrar una forma de acorralar al duque—. Por supuesto que te oigo. Estás justo a mi lado.

—Bien —respondió lady Desmond—. Y basta ya de contemplar al duque de Osborne. Es de lo más indecoroso.

Thea objetó con culpa:

—No lo estoy observando.

—Estás prácticamente salivando, jovencita. —Lady Desmond dio toquecitos con el abanico contra la palma de su mano—. He de admitir que es una vista exquisita, pero no es nuestro objetivo. En mi opinión, Foxford servirá. —Echó un vistazo a la sala—. Todavía no ha llegado.

Thea reprimió un estremecimiento: Foxford no serviría. Ni en un millón de años.

Había sido sumisa y obediente durante toda su vida. Excepto en aquella ocasión. En la iglesia.

Sin embargo, no tenía la más mínima intención de desposarse con el caballero que su madre eligiera para ella.

En aquel momento, el duque de Osborne reclamó el mismísimo centro de la sala de baile de lady Thistlethwaite, sus largas piernas ancladas al suelo de mármol como si del mástil de un navío se tratara.

Las viudas ataviadas de satén y osados escotes se arremolinaban a su alrededor como olas espumosas; mientras que las debutantes repletas de juventud y optimismo le lanzaban miradas ruborizadas, sus madres urdían planes para engatusar al duque y hacer que olvidara su aversión por el matrimonio.

¿En qué había estado pensando? No podía plantarse ante semejante reputado libertino. Todas las miradas de la sala estaban clavadas en él.

Se tendría que conformar con escribirle otra carta. Sí, eso era exactamente lo que iba a hacer. Una buena carta desde la seguridad de su escritorio.

Veamos...

Querido monumental duque:

Esta velada no he hablado con usted porque...

—Ah, allí está lady Gloucester. —La condesa escudriñó más allá de su estrecha nariz—. Debo escuchar la historia del matrimonio de lady Augusta. Un mero oficial. Pobre como una rata. ¿Te lo puedes creer? Siempre supe que se casaría con alguien de baja alcurnia.

Su madre zarpó en busca de chismes.

Un grupo de jóvenes debutantes decoradas con lazos miraban fijamente a Thea entre risitas y susurros escondidos tras los abanicos de marfil. Podía imaginarse qué estaban mascullando.

«¿La ves? Es la Catastrófica Dorothea. Ha vuelto del exilio.»

«¿De veras? Deja que le eche un vistazo. ¿Por qué la llaman así?»

«¡No me digas que no te has enterado de que le dieron calabazas!»

Thea abrió los puños y contempló una copia de *Perseo y Andrómeda*, de Tiziano, enmarcada en dorado e inundada de gris tormenta y fluido escarlata.

Si tan solo un fiero semidiós apareciera para rescatar a Thea del monstruo marino que era la alta y educada sociedad...

¿Educada? Apenas. No había más que una fina capa de barniz enmascarando los maliciosos cuchicheos y las miradas escudriñadoras.

Ni diez años en Irlanda habrían bastado para que se olvidaran.

Atisbó al duque desapareciendo a través de las puertas de cristal que llevaban a la terraza junto con la señora Renwick agarrada del brazo; sin duda se dirigían a un *tête-à-tête* íntimo.

Aquella era su oportunidad de acercarse al duque con la menor cantidad de miradas ajenas posible. ¿Qué

era lo peor que podía ocurrir? Él podía reírse en su cara. Alguien podría ser testigo de su última humillación.

«Ya se han reído antes. Te han puesto toda clase de apodos.»

Los zapatos de baile de Thea taconearon por el mármol estampado de rosa y gris antes de que tuviera tiempo de cambiar de idea.

La conversación menguaba y fluía a su alrededor.

Mantuvo la cabeza gacha, concentrada en el satén blanco arremolinado.

Cuando fue absolutamente inevitable, cuando pudo ver los talones de los zapatos de gala negros del duque, solo entonces levantó la mirada.

Él le daba la espalda. Se inclinaba para susurrar en la perfecta oreja con forma de concha de la señora Renwick.

«Por todos los cielos.»

Desde el otro lado de la sala de baile él le había parecido bastante más... manejable. De cerca era muchísimo más grande. Monumental. Ciertamente imparable.

No había forma de que aquello funcionara. Pero era demasiado tarde para darse la vuelta.

Sus hombros se encontraban muy por encima de la cabeza de la muchacha, tan anchos y altos como el cadalso de un ejecutor.

—Ejem. —Se aclaró la garganta de una forma de lo más impropia para una dama.

Él no le hizo ni caso.

Ella se estiró y después se estiró un poco más para darle un toquécito en el hombro.

Podría haberse tratado de una mosca revoloteando alrededor de un toro, dado el interés que había generado.

La señora Renwick soltó una risilla y le propinó un

golpecito a la solapa de su frac negro con el abanico de seda roja.

—Es usted incorregible. —Escuchó Thea que decía.

Thea se aclaró la garganta todavía más alto en aquella ocasión.

—Su excelencia.

Para humillación de Thea, las palabras emergieron como un chillido agudo.

Él se dio la vuelta.

Por todos los cielos, sí que eran azules sus ojos. Y no un azul grisáceo apagado como los de ella. Era un azul medianoche despiadado, de los que no se andan con rodeos. Su contundente mirada la cautivó por completo. La inmovilizó en el suelo de la terraza.

Unas oleadas de náuseas rompieron en su vientre.

¿Su mandíbula siempre había sido tan prominente, como esculpida? Y aquella hendidura justo en el centro de su mentón... ¿siempre había sido tan pronunciada?

Él enarcó las cejas oscuras.

Las palmas de Thea se humedecieron y se le aceleró el corazón.

—Ah, aquí está, Scheherazade —dijo el duque con un atisbo de sonrisa—. Me preguntaba cuándo cumpliría su amenaza.

«Ni una risilla», escuchó a su madre decir.

Se secó las palmas de las manos en las faldas con disimulo.

—Aquí estoy, su excelencia —afirmó alegremente—. Y ahí está usted. Yo estoy aquí... y usted..., bueno, usted... ahí.

Estaba titubeando. Por supuesto que estaba titubeando. No había hablado ni una sola vez con un caballero sin convertirse en una completa y absoluta boba.

La señora Renwick entrecerró sus ojos violeta.

—¿Qué clase de amenaza?

—Lady Dorothea desea hurgar en uno de mis desvanes. —No sonaba demasiado entusiasmado con la idea.

La señora Renwick cerró el abanico con un chasquido desaprobador.

—¿Y eso para qué?

—Para descubrir cuadros perdidos —contestó el duque.

Thea tragó saliva. Muy bien. Podía hacerlo.

—Nunca fue mi intención fisgonear en sus asuntos, su excelencia —indicó ella con rapidez en un intento de explicarse antes de que los nervios la inutilizaran por completo—. Pero, cuando descubrí la *Venus dormida* en su desván, no podía permanecer en silencio. Las capas de lapislázuli que Artemisia utilizó para crear ese tono de turquesa en concreto debían de haber sido muy caras. Lo más probable es que se creara para un cliente de la realeza y es, sin lugar a dudas, un ejemplo excepcional de...

—Diosas. —Una sonrisa lenta y perezosa tiró de una de las comisuras de los labios sensualmente moldeados del duque—. Soy un admirador de las diosas.

La señora Renwick hizo un mohín. El duque no estaba prestando la suficiente atención a sus atributos celestiales. Volvió a golpearle con el abanico.

—Ay, dice usted cosas de lo más escandalosas, Osborne.

El énfasis que le dio al uso familiar del título del duque tenía la clara intención de advertir a Thea de que no invadiera el territorio de otra mujer.

No tenía de qué preocuparse. Thea no suponía amenaza alguna.

El duque estiró una mano enguantada.
—¿Por qué no me habla acerca de esta Venus mientras bailamos un vals, lady Dorothea?
¿Qué? Ella no había sugerido nada de bailar.
La mirada de la señora Renwick se volvió realmente venenosa.

Y la mano de Thea hizo algo muy extraño. Se colocó sobre la palma del duque.

Porque aquellos ojos medianoche la cautivaban.

Porque aquella sonrisa seductora era un arma formidable y le habían pedido que defendiera a Roma de los visigodos armada solamente con una espada de juguete.

Porque la sensación de su enorme mano acunando la suya era más poderosa que los nervios.

Y entonces, de repente, estaban en la pista de baile.

Él tomó su cintura con los dedos bien extendidos mientras su otra mano seguía envolviendo la de Thea.

Con un leve asentimiento en dirección a la orquesta, los primeros acordes de un vals dieron rienda suelta a su existencia. Él la hizo girar en círculos hasta que abordaron el centro de la pista y el resto de las parejas se convirtieron en borrones en su visión periférica, como estrellas parpadeantes en el cielo de Miguel Ángel.

Era como danzar con un torbellino.

Los violines tocaron apremiantes, pues se vieron forzados a pasar directamente a la *pirouette* para después apresurarse a comenzar el vigoroso *sauteuse* en un intento de estar a la altura del tempo agotador del duque.

Las orquestas cumplieron sus órdenes.

El mundo entero danzaba a su compás. Era irritante en grado sumo.

—No se le puede disuadir fácilmente, ¿no es así, lady Dorothea?

—No puedo... hablar... si me hace girar tan deprisa —jadeó.

Lo cual era cierto, pero también necesitaba tiempo para poner en orden sus pensamientos. No había esperado hacer su petición mientras él la sujetaba entre sus fuertes brazos.

Él bajó el ritmo y los violinistas dejaron escapar un suspiro de alivio.

Thea cogió aire. Aún no la había ahogado.

—Sobre los cuadros, su excelencia...

—Sí, cuénteme más. La susodicha Venus. ¿Está...?

—Entrecerró los ojos oscuros—. ¿Desnuda?

Thea parpadeó.

—Eh... Va ataviada con ropajes vaporosos.

—Vaporosos. —Su mirada caída bajó hacia el cuerpo de la joven y se posó en su corpiño—. Me agrada lo vaporoso.

Apretó la mano alrededor de la suya y le empujó hacia atrás los hombros hasta que el pecho de la muchacha casi rozaba el suyo. Aquel cuasicontacto hizo que el cuerpo de Thea se estremeciera a conciencia.

Su sonrisa lobuna delataba que conocía exactamente el efecto que tenía en ella.

Bailaba muy bien, con inusitada autoridad. Ella no tenía que preocuparse por hacer nada desastroso. Nunca dejaría que tropezara con sus faldas.

Se estremeció al sentirse como un pez fuera del agua.

Era obvio que el duque quería que supiera que él estaba al mando.

Y todo aquello que habitaba en su interior quería rendirse ante él.

De repente añoró con desesperación la distancia que le proporcionaban las cartas. Deseó tener horas para

componer la respuesta inteligente perfecta para sus escandalosas insinuaciones.

Y, sobre todo, deseaba que no la hubiera mirado de aquella forma. Como si fuera la única mujer en el salón.

No debía permitir que la distrajera.

—¿Haría el favor de tomárselo en serio por un instante, su excelencia? Me parece que puede haber un cuadro perdido de gran importancia en su desván.

—Ah, por favor, no tiene por qué preocuparse por el arte. Seamos sinceros, ¿le parece?

—Estoy siendo totalmente sincera. ¿Por qué me habría acercado a usted si no?

—Eso, ¿por qué si no?

El tono sarcástico de la pregunta captó su atención por completo. ¿Qué quería decir con aquello? Y entonces cayó en la cuenta.

«¡Pues claro! Qué necia.»

Pensaba que aquello no era sino otra maniobra matrimonial.

Thea se irguió con desagrado.

—Le aseguro, su excelencia, que hacer que caiga en la trampa del matrimonio es lo último que tengo en mente.

Los cabellos encerados resplandecieron bajo la luz de las velas. Él acercó más la cabeza y le rozó la mejilla con la nariz. Por un frenético instante pensó que iba a besarla, hasta que cambió de rumbo y le rozó la oreja con los labios.

—No me diga —comentó él en un susurro ronco.

—Por descontado. —Ella asintió de forma seria—. Creo sin lugar a dudas que si visitara la mansión Balfry y viera los cuadros usted mismo se daría cuenta de la magnitud de su colección.

Una sombra se alojó en el rostro del hombre y le despojó la luz de sus ojos y la curva de sus labios cual sanguijuela.

—Jamás volveré a visitar Balfry, por lo que ya puede quitarse esa idea de su hermosa cabecita. —¿Pensaba que la cabeza de Thea era hermosa? El calor se apoderó de las mejillas de la muchacha—. Así que está totalmente obsesionada con los antiguos maestros. Me he percatado de que contemplaba aquel Tiziano antes. —El duque levantó la mirada hacia la pared—. Nunca me pareció demasiado bueno. El monstruo no es lo suficientemente aterrador. Su hocico se parece mucho al de un roedor.

Thea intentó no sonreír.

—No es su mejor trabajo. Pero yo estaba pensando en el coral sobre el que se apoya Andrómeda. Su significado. —Ante la mirada inquisidora de Osborne, ella continuó—: La cabeza decapitada de Medusa todavía tenía la habilidad de petrificar las plantas en coral. Pobre Medusa... Siempre me he sentido un poco mal por ella. Tenía una reputación terrible.

—Convertir a los hombres en piedra no suele concederle una buena reputación a una dama —bromeó él—. Por supuesto, admitir que ha leído a Ovidio podría tener un efecto similar.

—¡Ja! No hay nada de malo en leer a Ovidio.

—No he dicho que lo hubiera. Algunos caballeros encuentran a las damas inteligentes bastante... estimulantes.

La forma en la que le sostuvo la mirada hizo que se calentara desde lo más profundo de su ser y se derritiera como una vela.

El duque le dibujaba círculos con el pulgar en las lumbares.

Por un momento, se olvidó de su misión.
Se olvidó incluso de cualquier otro baile al que hubiera asistido.
La humillación. Los desastres.
Podía tener aquel vals.
Un vals perfecto.
Entre los brazos del hombre más apuesto del salón.
Y entonces fue cuando Thea cometió el segundo error monumental de la velada.
Cerró los ojos... y se dejó llevar por el momento.

Un corderillo con un aspecto de lo más inocente.

Solo que no iba a engatusar a Dalton.

Sabía que había intentado que su mejor amigo James, duque de Harland, cayera en la trampa del matrimonio con su media hermana Charlene como cebo.

Era ciertamente asombroso lo mucho que se parecían lady Dorothea y Charlene, la hija ilegítima de su padre, la muchacha que se había casado con James y lo había transformado de un bruto sin afeitar a un miembro casi respetable del Parlamento, además de un padre y un marido cariñoso.

Gozaban del mismo cutis rosado claro, y del mismo pelo dorado.

Aunque los abundantes rizos de lady Dorothea eran de un tono más cobrizo cuando uno se encontraba lo suficientemente cerca para percatarse de la diferencia. Como mermelada de naranja sobre bollos calientes cubiertos de mantequilla.

Sus ojos eran un poco más azules que grises, aunque igual de enormes sobre el mismo rostro ovalado de barbilla afilada.

Era diminuta; la parte superior de su cabeza no llegaba más que a la barbilla de Dalton. Lo hacía sentir gigantesco y torpe, como si fuera a aplastar los delicados huesos de sus dedos con sus enormes zarpas.

Acarició el fino satén que cubría la suave piel de la muchacha con el pulgar y un intenso rubor se extendió desde su cuello hasta el rostro, donde terminó en dos manchas redondas y rosadas en la parte superior de los pómulos.

No recordaba a su media hermana sonrojada, pero lo que sí reconoció fue aquel rubor de doncella inocente y los rizos ensortijados con mucha maña, como una fachada construida con esmero.

Era obvio que ella y su conspiradora madre habían decidido que Dalton sería el premio de consolación por haber perdido a James.

Todas aquellas cartas sobre los cuadros de su padre... ¿De verdad creía que iba a caer en la trampa?

Estaba confabulando para hacerse con su propio duque y domarlo.

«Ni en sus mejores sueños.»

Jamás danzaba con las doncellas solteras de buena familia porque les daba esperanzas a las madres y él era una causa perdida.

El matrimonio no entraba en sus planes.

Lo que tenía que hacer aquella noche... Había construido su propia fachada con tanto esmero como ella para desviar la atención de su verdadero propósito.

Sin embargo, no podía permitir que la fastidiosa muchacha repudiada del baile lo siguiera por todo Londres y escarbara en su pasado; por lo que, solo por aquella ocasión, había estado dispuesto a hacer una excepción. Se anticiparía al ataque moviendo él la primera ficha.

Bailaría con ella.

La haría popular.

Y entonces se pondría cómodo y disfrutaría de los fuegos artificiales tras haber matado dos pájaros de un tiro.

Ya no dispondría de más tiempo para atormentarlo cuando los pretendientes hicieran cola por ella.

Y la sociedad estaría demasiado ocupada cotilleando acerca del vals y sus consecuencias para preocuparse por su paradero aquella velada.

Ella se acurrucó más cerca de él y los rizos sedosos le hicieron cosquillas en la barbilla.

«Eso es, corderito, mécete en mis brazos.»

Olía a pétalos de rosa silvestre, femenina y sensual. Si le diera un lametón en el cuello tendría un sabor cremoso, como a vainilla de Madagascar.

La muchacha dejó escapar un suspiro breve y entrecortado que navegó directo hacia su ingle.

Oh, era buena. Pero él era aún mejor.

—Nuestro baile está a punto de concluir, única e inigualable lady Dorothea —susurró.

Unas pestañas negras y espesas ondularon sobre los ojos parecidos al mar abierto.

—¿Tan pronto?

—Desafortunadamente, todo lo bueno se acaba.

Un atisbo de sonrisa se dibujó en sus labios dulcemente curvados.

—¿De veras?

—Eso me temo —dijo con la voz grave y una sonrisa provocadora en los labios. Quería que su audiencia se preguntara qué tiernas palabras le susurraba en el oído—. Antes de que termine nuestro vals, quiero dejar una cosa clara, milady.

Sus ojos lo contemplaron atentos. Tensó levemente los hombros de huesos finos.

—Y ¿qué es, su excelencia?

—Se acabaron las visitas a mi propiedad y las excavaciones en mi desván. La tengo calada y sé que no anda buscando antiguas deidades. Lo que le interesa es un duque del presente.

Ella dejó escapar un jadeo.

—No podría estar más equivocada...

—No seré yo —espetó él interrumpiendo de lleno sus protestas—. No seré yo... Pero tendrá donde elegir entre muchos otros solteros cotizados.

—¿Qué... qué quiere decir? —Escudriñó su rostro con algo parecido al pánico en los ojos.

—Mire a nuestro alrededor. Todos nos observan. Es el primer vals de la temporada y la he elegido a usted.

Su mirada se precipitó por el salón.

—No, no. Esto no es lo que yo deseaba.

Negó con la cabeza y los rizos sedosos le rozaron la mandíbula.

La música terminó. Él se apartó.

Ella se rodeó el pecho con los brazos, sus ojos apagados como el cristal translúcido.

Él experimentó cierto reparo, una sensación parecida a la culpa. Sin duda era una actriz de talento.

—Le he proporcionado popularidad. —Hizo una reverencia—. De nada.

Su rostro se sumió en un frío estado de alerta.

—Nada puede hacerme popular, su excelencia. Ni siquiera usted.

—¿Le gustaría que apostáramos, lady Dorothea?

A Dalton se lo conocía por sus exorbitantes apuestas. El divertimento de la instantánea popularidad de lady

Dorothea haría las delicias de los libros de apuestas del White's. Entretendría a todos esos nobles holgazanes.

Evitaría que sospecharan que él fuera algo más que un miembro de su tribu: un díscolo con demasiado tiempo libre y afinidad por el escándalo.

Dalton condujo a lady Dorothea de vuelta con su madre, con quien había tenido la desgracia de pasar varios días durante la caza matrimonial de Harland el verano pasado. La condesa era todo lo fría y calculadora que podía ser una persona.

—Se lo prometo, no ando en busca de pretendientes, su excelencia —susurró lady Dorothea con insistencia mientras intentaba ralentizar su avance—. Tan solo quería convencerlo de que me dejara estudiar los cuadros de Artemisia.

Las matronas murmuraban en corrillos, los caballeros daban vueltas alrededor de ellos como tiburones que habían olido la sangre fresca y las jovenzuelas los atravesaban con miradas llenas de celos.

—Esto va a arruinarlo todo. —Apretó su brazo con fuerza—. Esto es... Esto es lo que yo concibo como el infierno. Debe hacer algo para demostrarles que solo estaba jugando conmigo. Dígales a sus amigos que solo bailó conmigo por una apuesta. —Los ojos azul claro de lady Desmond resplandecían por el triunfo—. Su excelencia.

Thea inclinó la cabeza con majestuosidad. Dalton hizo una reverencia imperiosa. Se inclinó hacia lady Dorothea mientras se protegía del seductor y dulce olor a rosas silvestres.

—Bienvenida al infierno —musitó.